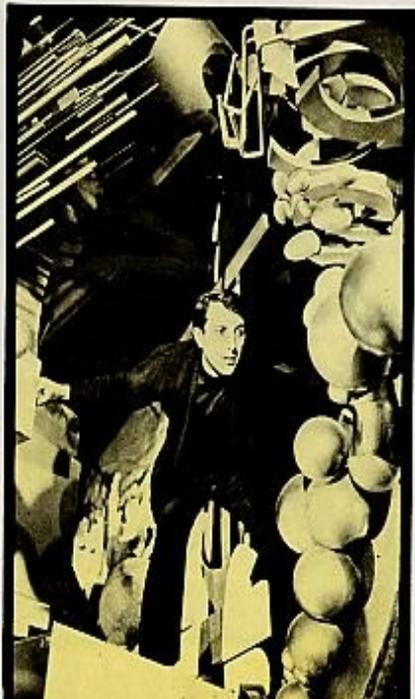
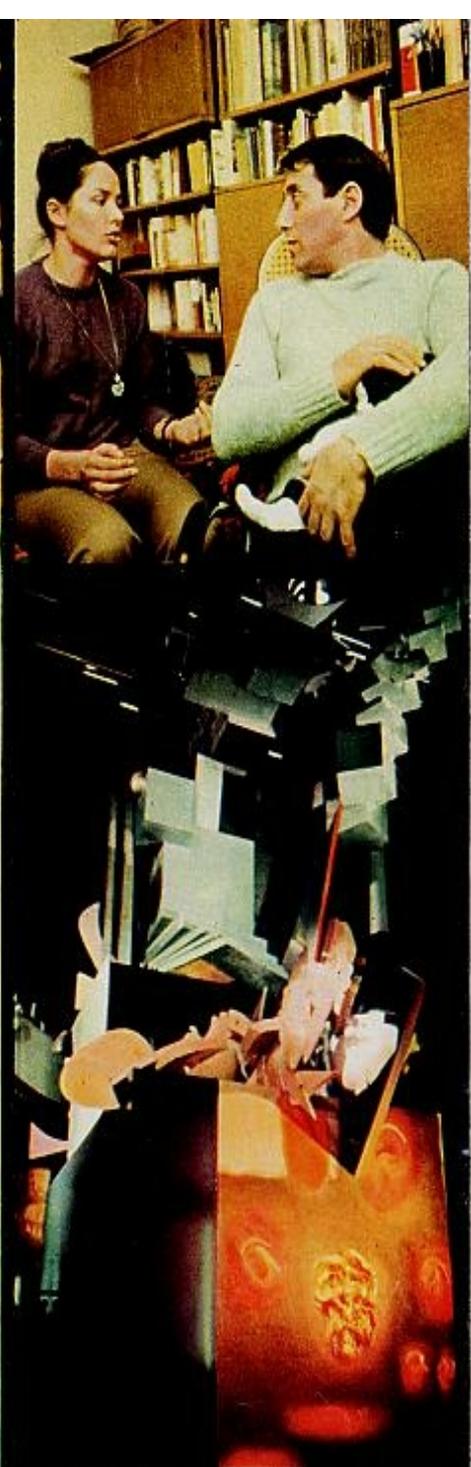


UNA CATEDRAL DEL SIGLO XXI

Raymond Moretti trabaja en una gigantesca obra, donde se unen pintura, escultura e imprenta buscando el arte total.

SE habla mucho, últimamente, de arte total, de espectáculo total. Quienes quieren escapar a las trampas de la civilización del consumo aspiran, para dejar de ser o no ser nunca meros fabricantes de objetos consumibles, a lograr una conjunción de los diferentes medios expresivos que haga de las obras algo vivo, agresivo, nuevo, diferente. Entre estos hombres se encuentra Raymond Moretti, un francés de origen italiano nacido en Niza, que en la actualidad, y desde hace más de dos años, trabaja en una gigantesca obra con destino a Estados Unidos, donde será expuesta el año próximo. Se trata de una obra en la que pintura, escultura e imprenta se dan cita; en la que se emplearán cuatro toneladas de metal y tres de madera, además de cristales, plexiglas, vidrio... Sus dimensiones





son enormes: treinta metros de largo y diez de alto. Naturalmente, el trabajo, que ahora se realiza en Francia, no podrá terminarse hasta que los distintos elementos que componen la obra se encuentren en Nueva York, sobre el terreno...

Moretti no es un recién llegado. Expone desde hace una quincena de años. Sobre él han escrito multitud de personalidades. Ha hecho cosas sobre el «jazz», payasos, tauromaquias. Con Picasso «inventó», hace algún tiempo, una máquina electrónica capaz de pintar de un continente a otro y que permitiría, por ejemplo, al maestro malagueño dar lecciones a los estudiantes de Princeton sin moverse de su estudio de Mougins. La electrónica ha interesado desde siempre a Moretti, que ha estudiado las máquinas IBM en vistas a conseguir la crea-

ción de programas-pintura o programas-poesía. Cambiante constantemente, ha sido ilustrador —de «Le bateau ivre», de Rimbaud—, ha experimentado diferentes técnicas y ha logrado el reconocimiento definitivo a partir de su serie «Les cris du monde», una colección de trece cuadros sobre lo trágico, lo grotesco y la grandeza del hombre con, como apoteosis, los campos de la muerte.

Alumno a los quince años de una escuela de dibujo, Moretti la abandonó al poco tiempo por sugerencia de sus profesores, que consideraban que no podían enseñarle más. Trabajó luego en el estudio del grabador Pardo, para instalarse definitivamente por su cuenta, aún muy joven, en un viejo e inmenso taller situado en el mismo centro de los estudios cinematográficos de La Victorine, en Niza. Allí, entre el

tráfico de los rodajes, cambiando impresiones con quienes intervienen en ellos, se desarrolla su trabajo. Principalmente por la noche. Lo normal es que Moretti cene cuando los demás toman el desayuno. Mientras tanto, su obra avanza. Se calcula que necesitará de veinte a treinta mil horas de trabajo, realizado por un equipo de obreros especializados en distintas categorías. Muchos la califican ya de «catedral del siglo XXI». Y de ella dice su autor: «No he querido dejar al dios azar el papel mercantil que le ofrecen los grandes sacerdotes de la charlatanería, los que se extasían ante el ojo de una aguja, los forzados de lo fútil; en fin, todos los que han hecho que actualmente uno desconfíe de la palabra Arte como de un discurso electoral: la gran conspiración de los impostores-mirones y de los

impostores-fabricantes... Cuidado. Yo no niego el azar. Por el contrario, lo venero y acecho las idas y venidas de su varita mágica. Yo me consagro a una obra de hombres. A ese mamífero maldito y vomitado pero que, irrisorio, débil, mortal, punzante, ha ido desde la edad de piedra a la era cósmica sin que se pierda el sentimiento de la belleza... Ebanistas, herreros, un fotógrafo, trabajan conmigo... Mañana lo hará el músico Pierre Henry... Pasado mañana, cineastas, poetas, escritores, podrán incorporarse a lo que algunos han llamado una catedral... Querría que este trabajo —insisto en esta hermosa palabra— al que me dedico desde hace ya treinta meses sea una suma, un fin, un vuelo hacia lo imposible, ese imposible que es mi sueño porque es el sueño de los hombres».